

¡YA SE ACABÓ EL LUTO!

Hemos comenzado un nuevo año de vida y queremos que sea eso: *de vida*, simplemente porque deseamos que sea un año *de Cristo*.

Se iniciará para nosotros un nuevo año de vida y nuestro anhelo no puede ser otro sino despegarnos tantas etiquetas que tenemos adheridas y que dicen: *Muerte*, aunque no nos demos cuenta de ello, porque el egoísmo nos parece el cultivo de nuestra personalidad, y la soberbia, el reconocimiento de nuestros méritos, lugar y cualidades. ¿Nuestra vanidad? No otra cosa sino darle gracias a Dios por lo buenos que somos.

Pero..., la novedad del Señor espera que cavemos una tumba grande y honda para enterrar al hombre viejo y decrépito a quien hay que terminar de matar, pues no se muere solo. Apenas esto suceda, se habrá acabado el luto, porque desde la muerte de Cristo, desapareció del mundo el color negro.

Si leemos detenidamente muchos textos en los que la Escritura nos narra las andanzas y vicisitudes del Pueblo de Dios, los veremos con claridad llenos de cautiverio y liberación; de opresión y de fin de toda esclavitud; de apostasía y fidelidad. En muchos lugares se nos describe el hecho del exilio, pero no simplemente de un exilio material, sino de algo más profundo: de exilios que traerán "retornos", tiempos en que el hombre tendrá la oportunidad de vivir en la casa de Dios, sin que nada ni nadie pueda sacarlo de ella.

Desde la encarnación del Verbo de Dios, somos el nuevo Pueblo de Israel, y esa Jerusalén que reside en todo hombre que viva con su Señor, también tiene un nombre: *Paz en la justicia, gloria en la piedad*. Los profetas dan al hecho de Cristo estos bellos nombres mesiánicos.

Sí... No tengo la menor duda de que la página necrológica de los periódicos no existe ya para los hijos de Dios -los llamados a la vida- porque la Vida ha decidido acordarse de ellos.

Se acabaron las viejas profecías y comienza una nueva era.

Al leer a san Lucas caemos en cuenta de un dato que flota en el ambiente: *la hora* está próxima.

Hay hombres que reciben la misión de predicar la llegada de ese momento. Juan el Bautista -entre otros- anuncian vigorosamente al que tenía que venir. Pero ¿cómo lo anuncia? Con actitudes concretas: él nos dice que es indigno de desatar las correas de las sandalias de Jesús. Ante quienes lo interrogan, responde diciendo que debe empequeñecerse para que Cristo crezca; que debe desaparecer, porque ya cumplió su misión, que era *preparar los caminos del Señor*.

La vieja profecía que anticipaba el Reino, toca a su fin, simplemente porque se cumple y no hay nada que anticipar: el Reino ya está en medio de nosotros.

Una voz gritó en el desierto... *Una voz grita en el desierto...*

Sin embargo, corremos el riesgo de hacer demasiada especulación histórica, cargando el fardo de la predicación profética a hombres de otros tiempos. De este modo, el anuncio queda sólo en labios de quienes ya murieron, y la preparación de los caminos, para los santos Isaías, Jeremías o el Bautista. El grito-mártir, la voz-testigo, para otros. ¿Y nosotros? ¿Qué tenemos que ver con todo eso?

Si bien es verdad que el Reino ha venido en la humanidad de Jesús, no nos cabe la menor duda -con sólo mirarnos en un espejo y ver el mundo que nos rodea- donde el Reino es diariamente expulsado -a golpes de puño- del corazón de muchos hombres que nada quieren saber con un evangelio que es *Buena Nueva*, buena Noticia, que la gran Novedad, que nos pide conversión en justicia y misericordia, no tiene demasiado espacio en el corazón del hombre. Para que eso suceda, debemos tirar a la basura tanta basura que entorpece nuestro caminar..

El don profético sigue existiendo en la Iglesia y en sus hijos, porque aún somos capaces de decir: *¡Venga a nosotros tu Reino!*

También nosotros podemos y debemos preparar, a diario, los caminos del Señor, quitando las piedras de escándalo que impiden que su Encarnación se repita en nuestros tiempos y en nuestros lugares: en nuestra Historia.

¡Qué fácil nos resulta hablar de Juan el Bautista, profeta y apóstol en Palestina! ¡Qué difícil es hablar de cualquier Juan Pérez de Buenos Aires o de Madrid como profeta y apóstol! Nos parece exagerado. Y, sin embargo, el Espíritu sigue siendo la fuerza de la Iglesia, y la Palabra de Dios, su luz. Hemos olvidado, con una profunda amnesia, que el Señor nos define como sal de la tierra y luz del mundo, y hemos convertido a nuestra Iglesia, de joven Novia locuaz, en solterona muda que se olvidó de la Palabra, porque nosotros no le prestamos nuestros labios y nuestro testimonio.

Ley cristiana: ley del color y del crecimiento

La Ley cristiana no es un código grabado en planchas de piedra, sino fuego en los corazones y luz en nuestras inteligencias. Se acabó la circuncisión y comienzan a accionar en nuestra realidad, el agua, el fuego y el Espíritu. El rojo es el color de la sangre. Es color del martirio. Es fermento para que la tierra, así regada, produzca su fruto sacramental para Dios y para el mundo.

Vivimos los tiempos del Espíritu y del crecimiento, pero ¡prestemos atención!: no caigamos en pseudo-desarrollos y en falsas leyes de también falsos crecimientos. Nuestro "crecimiento" no es la nueva heladera ni el nuevo reproductor de DVD, ni el nuevo celular, que sirve...

¡hasta para hablar por teléfono! Tampoco es el nuevo auto ni la nueva "casita de *week-end*", sino las horas y los minutos que experimentamos con fidelidad a los dones recibidos, "hasta el Día de Cristo Jesús". Se nos pide crecer hasta *ahí...*

En ese Día -verdadera, plena y definitiva "hora" de Cristo-, descargaremos ante Él los frutos de justicia que hayamos cosechado, en el largo período de nuestro peregrinar por un desierto que no era pura arena y sequedad, sino que también estaba cargado de maná.

En ese Día, toda Cuaresma llegará a su fin, y el Cordero de la nueva Pascua reinará y gozará ante la presencia luminosa y victoriosa de Dios, preñada y fecunda por la esperanza que nos hizo caminar, a veces contra-corriente y contra toda esperanza.

En ese día de juicio, no habrá luto en los cielos nuevos y en la tierra nueva, porque el negro no es color, y la Vida es un grande y multicolor arcoiris, lleno de luz (*fr Héctor Muñoz op- Mendoza - Argentina*)).